EN EL ANIVERSARIO DE RAMON STOLZ

POR

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

El día 23 de febrero de 1958 la Academia de Bellas Artes de San Fernando recibía en su seno a Ramón Stolz Viciano, el más sabio y fecundo fresquista español desde el siglo XVIII. La Academia me honró encomendándome el discurso de salutación a Stolz, contestando al suyo, uno de los más afortunados de palabra y de concepto que se han leído por un artista en la ya larga historia de la Academia. Como Stolz, con su insobornable modestia, había hecho gemir muy poco a las prensas, intenté trazar con mis palabras una silueta de su personalidad al exponer, con la extensión permitida en un discurso, un resumen de su vida y sus obras lo más completo que pude y aportando datos inéditos. Stolz y yo colaborábamos activamente entonces en la reorganización y nueva instalación del Museo de Arte Moderno, después de obras de alguna importancia allí realizadas. Las obras, como siempre sucede, se habían dilatado más de lo que esperábamos y ambos aguardábamos con impaciencia el momento de la reapertura, en cuya preparación habíamos puesto mucha ilusión y cuidado. Stolz no había de llegar a verla.

Al llegar el mes de agosto yo salí de Madrid para cumplir con mis tareas en los cursos de verano de la Universidad de Santander, y él marchó a descansar unos días en Benidorm a fin de cobrar fuerzas para emprender una obra importante que le aguardaba y para la que había realizado ya los dibujos, estudios y bocetos preparatorios, como era en él habitual: las pinturas al fresco del Salón de los Eueros del Archivo Municipal, en el Ayuntamiento de Valencia, ciudad natal de Ramón Stolz, que había allí venido al mundo el 13 de julio de 1903. No habíamos de volver a vernos. Mientras él, desde Benidorm, se trasladaba a Valencia para llevar a cabo sus pinturas, yo marchaba a primeros de octubre a los Estados Unidos

para un viaje de dos meses. Cuando regresé, a principios de diciembre, me esperaba la triste noticia de que mi fraternal amigo, mi compañero de muchos años en el claustro de la Escuela de San Fernando, en el Museo de Arte Moderno y en la Academia después, había muerto súbitamente de una angina de pecho, justamente en el momento en que acababa de terminar sus frescos del Municipio valenciano. Uno de los más jóvenes miembros de la Academia, recién incorporado a sus tareas, salía de este mundo en plena madurez de su talento, cuando, después de duros años de trabajo callado, podía esperar la mejor cosecha de su labor y de sus desvelos.

Ausente de España en el momento de su muerte, no pude tener el triste consuelo de acompañarle a la morada del reposo, ni dedicarle, como homenaje póstumo, en la sesión necrológica de la Academia, las palabras que hubiera considerado un deber pronunciar y que tan amargas me hubieran sido. Fué el maestro Benedito quien dijo, emocionado, lo que con Stolz había perdido la Academia; y lo dijo con plena estimación de sus talentos de pintor y con afecto profundo hacia la persona de Ramón Stolz, a quien desde niño conocía. Los amigos de Stolz decidimos preparar una exposición-homenaje a su memoria, que serviría, póstumamente, para dar a conocer su obra al público, ya que, por raro y asombroso caso, nuestro amigo no había presentado nunca sus obras en Madrid. En realidad, puede decirse que no había hecho nunca exposición de sus obras. Solamente en 1942, y con motivo de sus trabajos en el Pilar de Zaragoza, se presentaron en el salón del Centro Mercantil de aquella ciudad los estudios y bocetos para una sola pintura: el fresco del coro mayor. Puede decirse, pues, que se trataba en realidad de la primera exposición de la obra de un fecundísimo pintor que vivió cincuenta y cinco activos años. El hecho es tan sorprendente como representativo, tanto de la digna modestia de Stolz como del contraste con la gárrula publicidad con que busca la fama la mayor parte de los artistas contemporáneos. Pero esto, que encaja tan justamente dentro de la fisonomía moral de Stolz, fué ya comentado por mí en la salutación que leí a su entrada en la Academia.

No ha sido una, sino varias las exposiciones celebradas ahora en memoria de Ramón Stolz. El Museo de Arte Moderno, es decir, don Joaquín Valverde y el que esto escribe, preparábamos ya desde el año pasado la exposición, que deseábamos coincidiera con el aniversario de su muerte. Porque hay que decir que una exposición de obras de Stolz no es de las que se improvisan colgando de una sala unos cuantos lienzos. La obra de Stolz, realizada en los últimos treinta y tres años de su vida—perdida y dispersa su producción juvenil—, era principalmente mural. Oleos o frescos, pero preferentemente frescos, son los grandes ciclos murales, realizados desde 1925, los que representarán su personalidad ante la historia y los que revelan sus dotes de artista. Lo que podía dar idea de su talento era, pues, la presentación de una selección de sus manchas, bocetos, dibujos o estudios realizados para su obra mural. No fué fácil tarea la de hacer esta selección entre la copiosa obra dejada por Stolz en su estudio. Ni Valverde ni yo hubiéramos podido realizarla sin la asistencia inestimable de doña Rosa Stolz, la viuda de nuestro gran amigo. Durante meses ha trabajado doña Rosa Stolz en clasificar, ordenar y catalogar este museo personal, inapreciable y desde luego incomparable, pues ningún pintor de nuestros días ha dejado huella tan patente de su ingente obra y de sus admirables métodos de trabajo. Valverde y yo hemos podido apreciar el valor de la tremenda labor de esta ordenación previa, que, finalmente, nos ha permitido apartar una antología aproximadamente representativa—una, entre las muchas posibles—de la admirable labor de Stolz.

El día 19 de noviembre de 1959 se inauguraba la exposición en los Salones de la Dirección General de Bellas Artes, del Palacio de Museos y Bibliotecas. El catálogo ilustrado comprendía 114 obras de muy diverso género y tamaño—número en el que estaban representadas todas las técnicas: aguada, acuarela, gouache, temple, óleo y dibujos de todos los procedimientos—. Incluso su técnica favorita estaba representada por dos frescos portátiles enmarcados que daban excelente idea de su arte. A estas obras se acompañaban tres maquetas de cúpulas realizadas por Stolz en

El Pilar de Zaragoza, en la iglesia votiva de Pamplona y en la iglesia de San Miguel de la misma ciudad.

Para presentar el catálogo escribí una breve introducción que aquí se reproduce como contribución modesta a lo que en estas páginas debe recogerse para honrar la memoria de mi gran amigo e ilustre miembro de nuestra Corporación.

* * *

"Con melancolía y emoción escribo hoy esta presentación en cabeza de un catálogo de la exhibición que, por triste azar del destino, es ya homenaje póstumo a un pintor excepcional, cuando debió haber sido, en su vital madurez plena, reconocimiento debido a su talento poco divulgado. Fué Ramón Stolz Viciano un hombre fuera de serie. De ello, lo que aquí en esta exposición se muestra dará sólo un débil indicio. En primer término, porque la exposición de bocetos, dibujos y estudios de un fecundo pintor mural apenas puede dar idea del mérito y los arrestos de su obra. Después, porque en Stolz, con ser su obra ingente y perfecta, el hombre valía aún mucho más. Lo sabemos los que fuimos sus amigos y lo saben también sus discípulos.

"Siempre pensé en que Stolz debió darnos en vida esta exposición, aunque fragmentaria, de su obra; pero él no tenía prisa. Acuciado por colosales tareas, insatisfecho de sí mismo, pensaba que aún podía tener unos años para pintar a su gusto, libre de encargos y faenas como las que aquí, en sus estudios preparatorios, quedan reflejadas. Siempre desee también que pudiera o quisiera un día escribir sus recuerdos de pintor, que hubieran sido un documento impagable para el conocimiento de muchos aspectos de la vida artística española y aun de la vida española, a secas.

"No pudo ser. El día 25 de noviembre de 1958, abrumado de fatiga y de contrariedades, le atenazó, súbita, la muerte, al pie de su tajo de pintor, después de dar los últimos retoques a los frescos del Salón de Reyes del Ayuntamiento de Valencia, su ciudad natal. Salió de este mundo de-

jando aún húmedos los pinceles con que remataba una obra que había preparado durante años y en la que acababa de poner su firma. Tenía que ser así. Había realizado en treinta años una labor ingente que equivaldría a las vidas enteras de cinco o seis fecundísimos pintores. Cuando se considera este balance y se contempla la breve antología que esta exposición constituye, podemos apartar despectivos los distingos sutiles a que nos tienen acostumbrados las disquisiciones estéticas de hoy, sutilizadoras de *ismos* y *tendencias*.

"En estos tiempos de anarquía y de histerismo publicitarios, de genios en cada esquina, de famas venales y osados arribismos, hasta el que se sienta más disidente de lo que constituye la entraña de la pintura de Stolz tiene que descubrirse con respeto.

"De su obra de pintor sólo conocemos una parte, que, aun con ser fabulosa en densidad, dista mucho de darnos idea de su completa carrera. Apenas queda nada de su producción de juventud, dispersa a los vientos del mundo por sus marchantes de París, en los duros años de sus comienzos, cuando hubo de luchar bravamente para afirmarse como pintor, pintor de plena profesionalidad, sin dengues. ¡Los años que los jóvenes engreídos, que tanto abundaron siempre, gastaron en tertulias maledicentes, en bohemia y en café, cuando no en intrigas y exhibicionismos! Por eso, en su modestia digna, en su reserva generosa, dispuesto siempre a ayudar a los jóvenes y aconsejar a sus discípulos, guardaba una sonrisa de desdén compasivo para las falsas petulancias de la fauna artística de ayer y de hoy. Tenía a ello derecho.

"Un sentido hoy rarísimo de la ética de la pintura le hacía entregarse plenamente a su obra con ese amor que no tiene en cuenta la importancia o la remuneración de su trabajo. Porque era su deber y su gozo pintar, y deber y gozo compartían sus largas jornadas de estudio cuando acometía una obra. Se poseía de su tarea y todas las horas le eran pocas para preparar las ideas que había de llevar al muro muchos meses después—a veces muchos años—de haber comenzado su gestación. En el camino, su estudio se llenaba de estudios, dibujos, manchas, en cuya ejecución daba de

sí lo que sólo una formidable disciplina de dibujo y una maestría en componer y en idear podía permitir. Lo que esta exposición presenta podrá dar una idea de lo que en estos tiempos de chapucerías y genialidades baratas era todavía capaz de hacer un pintor español, heredero de la mejor tradición de un pasado, no continuado como mera limitación académica, sino con sentido reverencial de la obra bien hecha. Cuando Ramón Stolz subía al andamio a enfrentarse con el muro recién tendido, llevaba la obra en los dedos, sabida, dominada por ese trabajo previo que le aseguraba la maestría y la rapidez. Capacidad, conciencia, sabiduría, eran las musas de Stolz, que no desdeñaba trabajo alguno ni se sentía disminuído por ningún encargo, hasta por aquellos que a pintores más petulantes les hubieran parecido de poca monta.

"Vivió para pintar, pero no fué un pintor cerrado al mundo. Había vivido y viajado intensamente; conoció la estrechez y el valor de afrontar los pasos más difíciles, sin que esas experiencias le hubieran amargado su carácter humanísimo ni estrechado sus curiosidades ni, de vuelta de todo, alterado su sentido del humor.

"Su sangre germánica—nieto de alemanes y vieneses—le hizo fácil la disciplina y el afán de saber; su ascendencia italiana le dió la facilidad y el arresto para las grandes tareas; su linaje valenciano, la pericia honrada y la inteligencia viva. En mejores tiempos, en ambiente más culto y rico, sus capacidades hubieran sido más potenciadas y su vida más fácil. Y todas sus herencias dieron en él por resultado una síntesis difícil de repetir en nuestra tierra. Como profesor de técnica de la pintura dejó un vacío que será muy difícil de llenar. Los que fueron sus discípulos lo saben muy bien; lo saben también los que fueron sus colegas y sus maestros.

"Ramón Stolz murió en pleno dominio de sus capacidades, a los cincuenta y cuatro años; había nacido en Valencia en 1903. Hijo del pintor Ramón Stolz Seguí, compañero fraternal de Sorolla, recibió lecciones directas o indirectas no sólo de ellos, sino de todos los grandes valencianos de su tiempo: de Manuel Benedito, especialmente, como de Anselmo Miguel Nieto, después. Pero nada, en esta formación, hacía suponer el rum-

bo de pintor fresquista que había de tomar y que le hizo ser el más capacitado y fecundo muralista de España. Las estancias en París y en Alemania y sus viajes a lo largo de más de diez años remataron la formación de su personalidad y su dominio de la pintura y ensancharon sus horizontes. Ningún provincianismo en él, que, conocedor de idiomas y lector incansable, estaba abierto a todas las curiosidades, a la amistad de los escritores y los hombres de ciencia, entre los que tenía entrañables amigos. Sabía de todo en su oficio y fuera de él, y su ingenio y su saber, encubierto y nunca exhibido, daban a su conversación humanidad chispeante e inagotable interés. No es fácil que lo olviden los que le escucharon; pero para escucharle había que estar siempre en círculo íntimo; no pontificaba jamás y desdeñaba soberanamente a los engreídos y a los pedantes. No tuvo medallas ni acudió a las exposiciones y sólo una vez en su vida acudió a un concurso, que ganó en reñida competición: el de la capilla de San Isidoro, en Aranjuez. Pero no puedo entrar aquí en detalles biográficos que en otro lugar y en ocasión bien distinta hube de abordar (1).

"La exposición presenta una antología de lo que quedó en su taller; en su mayor parte se trata de estudios y dibujos preparatorios para la ejecución de sus grandes ciclos murales al óleo y al fresco, aunque con predominio de este último procedimiento, que dominó como nadie desde los grandes fresquistas del XVIII. Sus obras en Valencia, en Zaragoza, en Pamplona, en Madrid, en San Sebastián, en Santander, en Aranjuez, tienen en la exposición documentos inestimables para conocer la elaboración de sus ideas, en los pasos que seguían hasta la ejecución definitiva. Algunas maquetas y fotografías contribuyen a dar idea de la realización de sus trabajos, cuyo número e importancia sorprenden como cosa insólita en nuestros tiempos. La exposición, que habrá de presentarse también en Va-

(1) Véase el discurso de ingreso de Ramón Stolz en la Real Academia de San Fernando, donde hizo el elogio de López Mezquita y disertó *sobre el oficio de pintor y la pintura al fresco*, cautivador texto que demuestra su capacidad de expresión verbal. Fué seguido de mi semblanza de Stolz, al contestarle; allí se incluye más cumplida noticia de sus obras y de su vida, que no hubiera podido creer estuviese tan próxima a su fin. La recepción tuvo lugar el 23 de febrero de 1958. En el discurso publicó apéndices biográficos y bibliografía que completan lo que aquí no puede repetirse.

lencia, tiene un complemento en la que al mismo tiempo que esta exhibición, ofrecida en homenaje a la memoria de Stolz por la Dirección General de Bellas Artes, se presenta en estos días en el Salón de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, de la que fué profesor inolvidable.

"A mí sólo me queda dolerme una vez más, con hondo recuerdo de amistad y admiración por la obra del artista, de la desaparición prematura del gran pintor, que murió al pie de su obra para darnos un ejemplo de honestidad y de encendido amor por su arte profesional."

* * *

Tenía prometida una oración inaugural en el momento de abrirse la exposición el ilustre miembro de la Real Academia Española don Federico García Sanchiz, gran amigo y admirador de Ramón Stolz. La enfermedad que le aquejaba por aquellos días le impidió cumplir su promesa, y entonces se me rogó que diera cuenta de esta contrariedad, pronunciando breves palabras en el acto, al que no había podido contribuir el magistral verbo del gran orador. Me limité a leer las cuartillas que aquí se imprimen.

"La conmemoración y el homenaje a la memoria de Ramón Stolz que esta exposición significa no podían quedar mudos en este momento inaugural. Nunca he tenido inclinación alguna por este género de presentaciones habladas en la inauguración de las exposiciones de los artistas. Hoy lo hago, créanlo ustedes, en cumplimiento de un entrañable y piadoso deber. Deber personal, personalísimo, porque, sin querer ganar ninguna competición en el íntimo reino de los sentimientos, creo que pocas personas de las que aquí nos congregamos, dejando aparte la nobilísima figura de su esposa, que ahora nos acompaña, habrán sentido con más hondura y dolor que yo la muerte inesperada, cruel y prematura del gran pintor, con el que me unió una fraternal amistad, una de esas hermandades espirituales para cuya ruptura no encontramos consuelo. Me obliga también a decir estas palabras otro deber de camaradería; fué Stolz, como subdi-

rector que fué de esta casa, inestimable colaborador en los trabajos de reorganización del Museo de Arte Moderno, a cuya inauguración, en la que habían de culminar nuestros desvelos comunes, no pudo ya asistir por haber salido del mundo de los vivos. Este compañerismo venía a reafirmar el que durante muchos años nos unió en el claustro de nuestra Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en la que tanto pensábamos siempre, imaginando para ella tiempos más prósperos y renovadores. Por ello, en nombre del Museo, cuyo personal todo ha colaborado activamente —comenzando por la asistencia inestimable del sucesor de Stolz como subdirector, su dilecto amigo también, Joaquín Valverde— a esta exposición, con la que la Dirección General de Bellas Artes ha querido contribuir a este homenaje, debo decir públicamente cuánto le echamos de menos a Ramón Stolz en este día, a la vez solemne y triste.

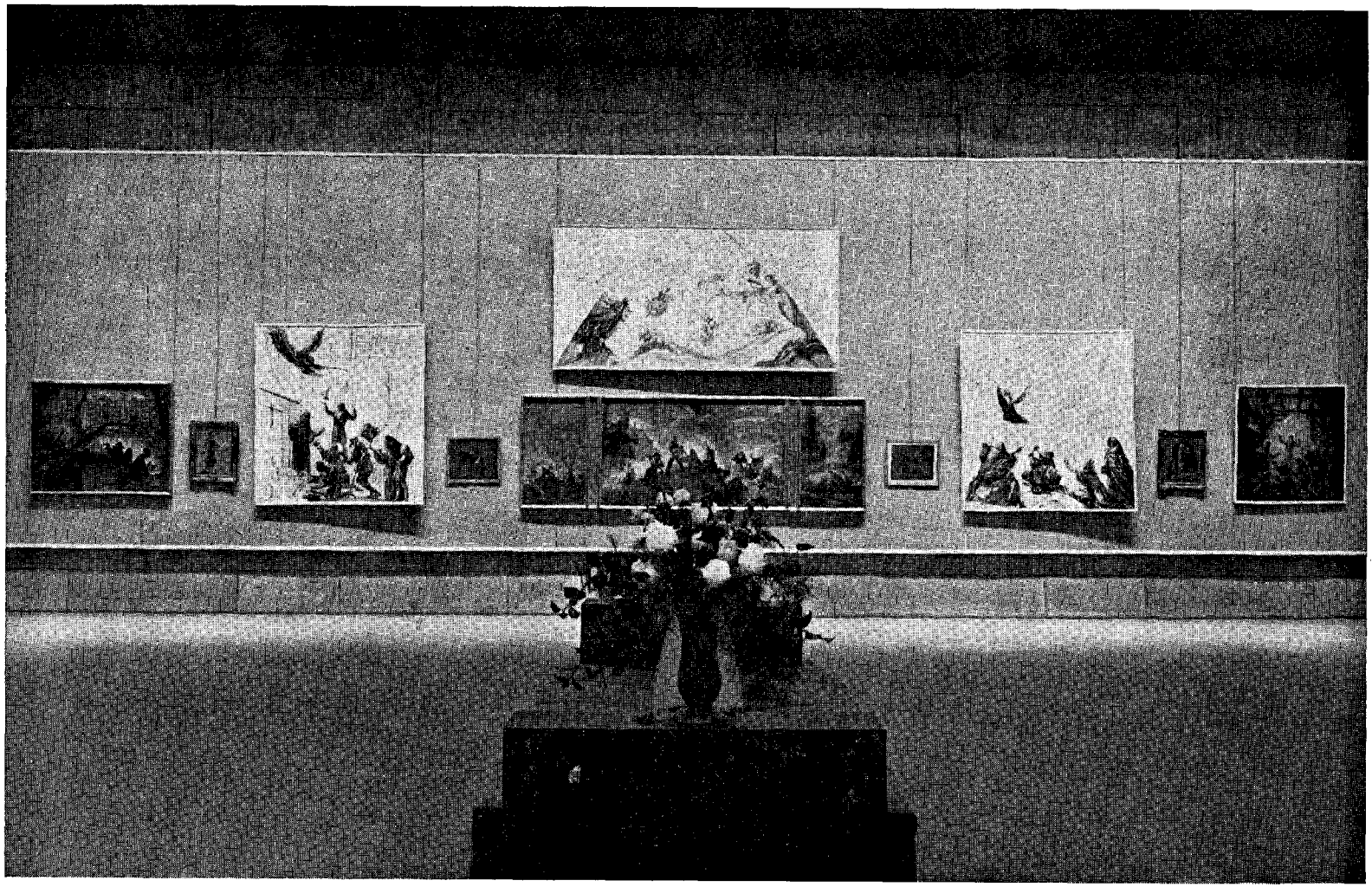
"Siempre se pensó en que la figura de Stolz hubiera sido recordada verbalmente en este momento; pero era otra la voz que aquí se hubiera levantado en esta tarde, con mejor fortuna para ustedes. Debía haber sido Federico García Sanchiz, por propia y espontánea decisión suya, quien hubiera evocado aquí la personalidad humana y artística de Stolz, con la entrañable calidez que le hubiera prestado su estimación al artista, al que conoció desde niño, y la familiaridad con el ambiente de la Valencia de su tiempo. Aquella Valencia en la que García Sanchiz fué compañero y amigo de Ramón Stolz, padre, como de toda aquella ilustre generación de valencianos que dió tantos jaques a la fama y al éxito. La dolencia que asaltó a García Sanchiz hace unos días y de la que, felizmente, se recupera con esperanzadora rapidez, le impide hoy realizar el piadoso voto de homenaje verbal a nuestro gran amigo; homenaje que él consideraba como un fervoroso deber.

"Aquí está presentado a ustedes un conjunto corto, muy corto —en comparación con lo que la ingente obra de Stolz es—, de lo que era el arte del pintor y de sus impresionantes, por excepcionales, métodos de trabajo. Hace años que comenzó a dejarse oír en las confesiones de los pintores la velada lamentación de la servidumbre al cuadro de caballete. La nostal-

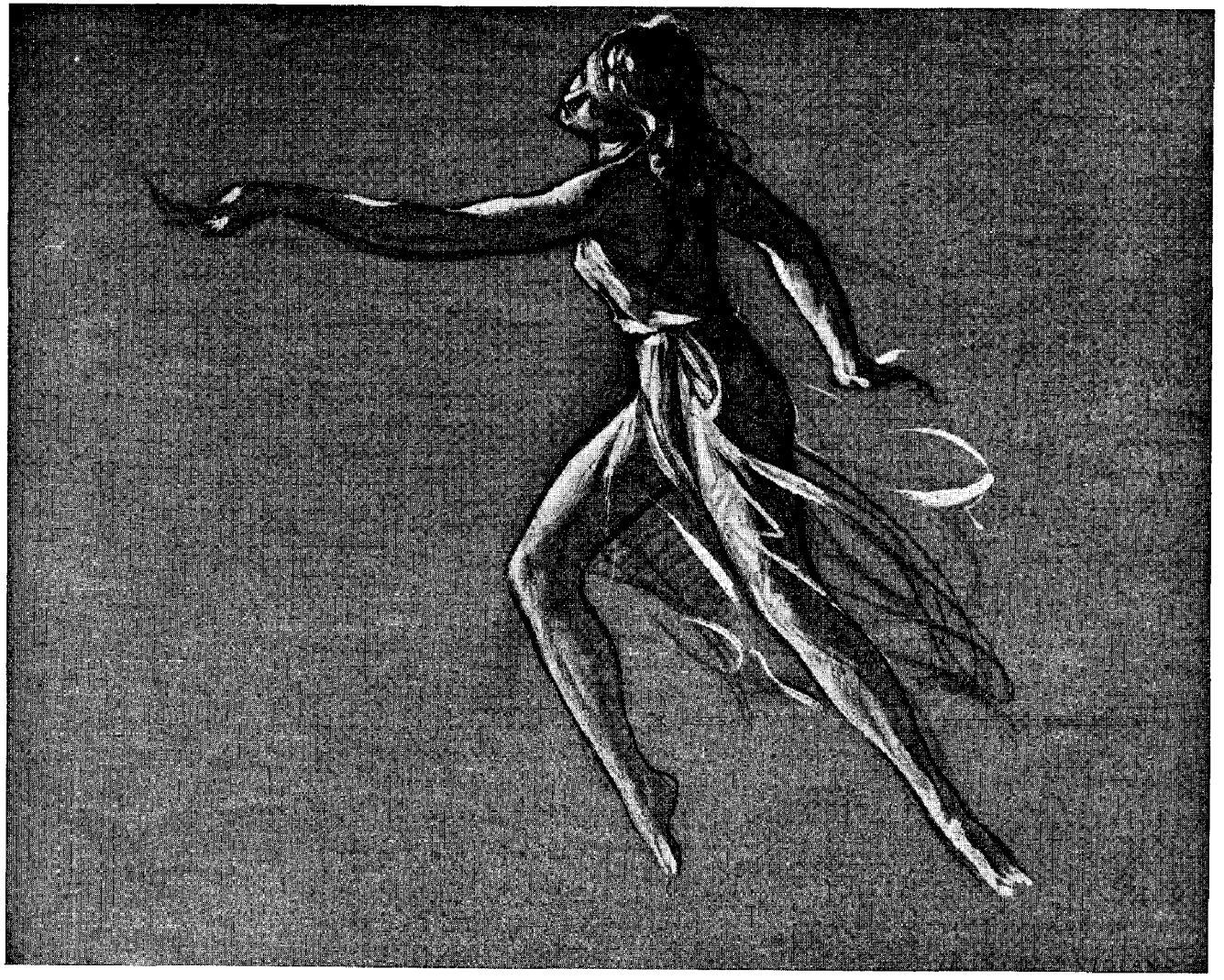
gia de la gran tarea mural, que es la épica de la pintura ante la fugaz y subjetiva fragmentación de la lírica, la siente hoy, más o menos, todo pintor ambicioso y consciente. Pero esa nostalgia, en la mayor parte de los casos, no pasa de un buen deseo o de un intento fracasado. Esta exposición nos explica el por qué. En la pintura mural, la idea brillante, la inspiración inicial, necesita recorrer, para llegar a punto de ejecución y logro, un áspero camino, en el que las ilusiones del temperamento necesitan ser mantenidas y corroboradas, día a día, sin desmayo ni pereza, sin chapucerías ni destellos efímeros de fuego fatuo, por una potente disciplina, por un saber, por una capacidad de trabajo, que si siempre fueron raras, hoy, en el arte enfermo de subjetivismo y evasión de nuestros días, lo son todavía más.

"En esta exposición, viejos y jóvenes, profesionales y aficionados, pueden tener una muestra de lo que la pintura mural comporta cuando se realiza por un artista a la altura de estas ingentes tareas. Aquí tenéis ejemplos de grandes composiciones abordadas primero en la mancha que registra las primeras ideas; después, los dibujos de conjunto, en los que la idea va cuajando; los estudios individualizados de figuras y detalles, los bocetos de color, para llegar después a los grandes diseños en los que todo está resuelto a su tamaño y dispuesto ya para la realización definitiva de las grandes tareas de la pintura al fresco. Que tienen, como es sabido, sus *horas contadas*, porque han de ser realizadas en la parte de muro fijada de antemano que cada día para ello se enluce, de modo que la ejecución ha de llevarse a cabo en el tiempo previsto, sin aplazamiento ni desmayo. Porque aunque Stolz realizó grandes murales al óleo, fué su técnica favorita la pintura al fresco, con cuyas calidades gozaba y dominaba como un maestro.

"¡Cuántas jornadas de diez y doce horas ha pasado Stolz en su andamio de fresquista en iglesias y catedrales de España, viendo apuntar las luces de la aurora por los ventanales de los templos solitarios, llenos de sombras en las horas nocturnas, entregado a la pasión ardorosa de *realizar*, antes de dar las últimas pinceladas al trozo fijado de antemano



Una sala de la Exposición póstuma de RAMÓN STOLZ.
(Noviembre de 1959.)



RAMÓN STOLZ: *Danzarina.* (Dibujo.)

para su tarea! ¡Desconocido y fabuloso mundo para la mayor parte de los artistas de hoy, enviciados en el pequeño cuadro de exposición, que se interrumpe a la menor presencia de la fatiga o del aburrimiento!... Os llamarán la atención, entre lo mucho que hay aquí que admirar, esos sorprendentes dibujos sobre tela imprimada, realzados con blanco, que en la historia del diseño en España no tiene rival, en cuanto a sobria y rotunda perfección. Pues bien, pensad que los diseños de cada figura o grupo de los que entraban en sus composiciones eran realizados a docenas, a centenares, para cada una de sus obras, y que en las carpetas del artista quedó, a su muerte, un tesoro, en el que cada pieza tiene, una a una, la misma calidad que las mejores aquí expuestas. Analizando, pasmado, su ejecución portentosa y su potencia de análisis, he tenido que llegar a la conclusión de que en esa vocación por el dibujo, y por ese tipo de dibujo precisamente, afloraba en Stolz como una llamada poderosa la ascendencia germánica de nuestro llorado amigo.

"El artista español, improvisador en el mejor caso, chapucero en los peores, no tiene vocación ni paciencia para esta labor preparatoria, para este modo impecable de ir desarrollando gráficamente su pensamiento formal hasta que esté a punto de madurez y perfección. Mas no nos engañemos; Ramón Stolz, con la capacidad de dibujante que aquí nos demuestra, no hubiera necesitado tan abrumadora labor previa. La realizaba, a la vez, por imperativo de disciplina, por desdén a la chapucería, pero también porque gozaba con ella. Y aunque, normalmente, la obra ya ejecutada no denunciara ni necesitase de tan hercúlea labor preparatoria, la conciencia y el rigor de esta inverosímil labor no quedarán sin recompensa. Porque, por encima y aparte de la obra a que esa preparación iba encaminada, la realidad es que tales estudios, estos bocetos y apuntes de ideas, a veces desechados por el artista o sustituídos por más perfectas variantes, son ya obras de arte por sí mismas, con valor autónomo, que serán estimadas y buscadas por los artistas y coleccionadores de hoy o de mañana. Son ya, en realidad, pequeñas obras maestras, que salvarían la fama de Stolz aunque todas sus grandes obras murales se destruyeran.

"Ni que decir tiene que la estética de Stolz, su voluntario y heroico entronque con las mejores tradiciones de la pintura occidental, encontrarán en nuestros días disidentes o disconformes. Pero estoy seguro, como he escrito en el prólogo al catálogo de esta exposición, que quien no sea un ignorante o un sectario, cualquiera que sea el *ismo* que profese, habrá de sentir ante estas obras la honesta reverencia de un respeto admirativo hacia lo que en términos estrictos llamaba Eugenio d'Ors *la obra bien hecha.* Ninguno de nosotros, cualquiera que sea nuestra profesión o quehacer, podríamos aspirar a mayor honor para la estimación por los demás de nuestro personal trabajo.

"Para Ramón Stolz sería honor, pero sobre todo justicia. Honor y justicia queremos rendir hoy aquí con el estricto patrón del mérito y con el emocionado afecto de la amistad y el recuerdo al gran pintor que fué Ramón Stolz Viciano. Cuando murió, minutos después de acabada su última obra —el Salón de Fueros del Ayuntamiento de Valencia—, en el mediodía del 25 de noviembre de 1958, Ramón Stolz nos dejaba a los que le conocimos y amamos el sentimiento de una pérdida irreparable y de una inconsolable ausencia; a los que no le conocieron, un ejemplo de labor heroica y de respeto por su propia obra, que tiene un valor ético y estético excepcional en nuestro mundo de hoy, venal, chapucero y apresurado.

"Por haber podido mostrar esta lección de buen arte y buen oficio, de amor a la pintura y al trabajo en los días en que se cumplirá el aniversario de su muerte, damos las gracias los que la hemos deseado y ayudado a la organización de esta exposición, a don Antonio Gallego Burín, Director General de Bellas Artes, por habernos cedido este local, en esta casa que fué la de Stolz, como colaborador mío que fué en la Dirección del Museo de Arte Moderno. Y no quiero terminar sin poner de manifiesto la inestimable y piadosa asistencia prestada por la esposa del artista, admirable y constante colaboradora en la obra del gran pintor, ejemplo callado y modesto de lo que en la vida de un artista significa la abnegación y silenciosa compañía de una mujer identificada con la obra del hogar de un

creador; tened por seguro que si los trazos y las pinceladas que aquí admiráis son de nuestro admirado amigo, el perfume impalpable del aliento y de la compañía que un artista necesita a lo largo de sus arduas y difíciles tareas son las que a su obra aportó Rosa Stolz, a quien en estos momentos yo quiero aquí, en nombre de todos los que conocimos su hogar completo, rendir un respetuoso y encendido homenaje."

* * *

Días después, el 24 de noviembre, la Escuela de Bellas Artes de San Fernando abría en su Sala propia otra exhibición de bocetos y dibujos de Ramón Stolz, más reducida en número, pero no inferior en calidad a la de la Dirección de Bellas Artes.

La exposición era ofrecida por el claustro de la Escuela a los que fueron sus alumnos, quienes por su parte quisieron demostrar el profundo recuerdo dejado en ellos por el magisterio de Stolz con un conmovedor y espontáneo homenaje, costeando una lápida en piedra con el retrato de Stolz, en bronce, que presidirá desde ahora lo que fué su clase y su taller en la Escuela de San Fernando.

Tanto la Exposición de la Sala de la Dirección de Bellas Artes como la de la Escuela se vieron muy concurridas en su inauguración. El Director General de Bellas Artes presidió la primera y a ambas asistieron un gran número de académicos presididos por nuestro Director, don Modesto López Otero, que se asoció de este modo a los dos actos de recuerdo a nuestro ilustre compañero.

Todas las obras exhibidas en Madrid fueron solicitadas de la señora viuda de Stolz para ser presentadas en Valencia en otra doble presentación inaugurada el día 14 de diciembre en los Salones del Ayuntamiento, la ciudad y en los locales del Círculo de Bellas Artes. De nuevo se me solicitó, honrándome con el encargo, que escribiera unas páginas de ho-

menaje al gran pintor y amigo, solicitud a la que no pude negarme por venir de su región natal (1).

Aquí incluyo a continuación el texto que escribí para esta ocasión:

"Los amigos, admiradores y paisanos de Ramón Stolz Viciano tienen bien presente la infausta fecha del 25 de noviembre de 1958. Los periódicos valencianos de la noche darían la triste noticia: rematada aquella mañana su tarea en el Salón de Fueros del Ayuntamiento de Valencia, dadas las últimas pinceladas de retoque a las pinturas al fresco que allí, por encargo antiguo de años, de la Corporación municipal, había terminado el día anterior, Ramón Stolz, pasado el mediodía y mientras, descansando un momento al pie de su obra, se despedía definitivamente de su faena, se sintió repentinamente indispuesto. Una opresión al pecho le atenazó de improviso; en lugar de haberse quedado inmóvil esperando la urgente ayuda de la ciencia médica, quiso salir a la calle para refugiarse, a pocos metros de la plaza que es como el corazón de Valencia, en la casa de un amigo. No dándole lugar su malestar a llegarse a su provisional hogar valenciano, en el que su esposa le esperaba, Ramón Stolz buscó refugio en una entrañable amistad que podía encontrar a pocos pasos. Lo buscó para morir antes de que pudieran llegarle los auxilios médicos necesarios para intentar superar su angustioso trance. En la Valencia que le vió nacer y a la que le ligaban tantos recuerdos y afectos, iba a morir súbita y prematuramente, cumplido su último deber, legando a la ciudad natal su última obra, recién dejados los pinceles, que fueron sus inseparables compañeros desde que tuvo uso de razón. En la historia artística de la ciudad quedará perenne memoria de esta triste y ejemplar muerte de un pintor que había prolongado, con su obra densa y copiosa, las glorias de la escuela valenciana.

---

(1) Estas cuartillas que se me pidieron para el Catálogo de la Exposición de Valencia no llegaron a aparecer en él, sin que nadie se haya preocupado de explicarme el motivo. Téngase, pues, por rectificado lo que se dice a este respecto. En pruebas estas páginas, dejo que aquí se publiquen por no restar nada, aunque valga tan poco, a lo que escribí en homenaje a Stolz, en el aniversario de su muerte.

"Treinta y cuatro años hacía que de modo también inopinado y repentino, junto a los lienzos y colores de su taller, había fallecido en Valencia Ramón Stolz Seguí, el padre de nuestro artista, pintor insigne de la generación valenciana, que con Manuel Benedito, Mongrell, Navarro y Ricardo Verde se había formado en el culto y bajo la maestría de Joaquí Sorolla.

Pocos casos más evidentes de una tradición continuada que el que muestra la vida de Ramón Stolz Viciano. Pero su obra no iba a ser una mera continuación de una estética recibida, de una tradición inalterada. Sorolla y su escuela trajeron a la pintura valenciana, con garra ibérica, el mensaje de la luz y el aire libre, las paletas claras, la ejecución briosa y brava, la renovación de los asuntos y el descubrimiento de la vida. Se había dado de lado, con Sorolla, a la pintura gris de estudio cerrado al mundo; se había superado la ociosa búsqueda de los asuntos para dar entrada en los lienzos a la vida en torno y, en primer término, a la realidad luminosa y exultante de esta región dorada y azul, asomada al viejo Mediterráneo de las civilizaciones creadoras. ¡Qué fácil le hubiera sido a Ramón Stolz Viciano continuar esta senda! ¡Pintura de luz, paisajes, retratos briosos y de amplia factura dentro de la senda estética y la visión peculiar del sorollismo! No iba a ser ese su camino. Su temperamento personal, su ciencia de pintor iba a verse encaminada a otras metas muy distintas.

Stolz estaba destinado, como dijo el maestro Benedito en el elogio póstumo que de él hizo en la Real Academia de San Fernando, a *restablecer la tradición fresquista española, lamentablemente interrumpida por largo tiempo.* Se encaminó a ello por pura vocación personal. Desde niño poseyó curiosidad por saber y capacidad de trabajo excepcionales en nuestro país, de gentes que dejan arruinar sus talentos en la pereza y en la facilidad, tentaciones que a tantos pintores han malogrado aquí. Saber, saber a fondo lo que era la pintura y sus procedimientos, dominarlos todos y conocer sus recursos; emplearse sin reservas en sacar partido de sus calidades y bellezas... Y combinar el saber con la práctica incesante, ardorosa, de su

arte, del que con insobornable dedicación profesional tuvo que vivir desde su adolescencia valientemente, dando cara a un destino de trabajo, cuya noble y ejemplar fecundidad, cuya honradez y altura tendrán pocos ejemplos comparables en la historia toda de la pintura española.

"Agotado el ciclo internacional del románico, nuestro gótico, a diferencia de Italia, no abunda en pintores murales. Fué el retablo el que tomó en España desde pronto un desarrollo preeminente. La técnica del temple fué precozmente avasallada por el empleo del óleo, tímidamente primero y acusadamente después; es sabido que España, por su afinidad con la estética de los países nórdicos en el siglo XV, conoció y practicó el óleo antes que Francia e Italia. Cuando el Renacimiento nos impone hacer lugar a la pintura mural tenemos que recurrir en el XVI a importar artistas italianos. Los españoles siguen sin vocación para el fresco y entregados al óleo, que Velázquez emplea de modo absoluto e íntegro para sus grandes creaciones, supremas en la escuela española. Todavía en tiempos de Felipe IV, como bajo Carlos V o Felipe II, era necesario traer de Italia fresquistas (Colonna, Mitelli) cuando se trataba de pintar los muros de iglesias o palacios. Y sólo a fines del XVII surge una tardía escuela de fresquistas, un brote de muralismo, que arraiga con el ejemplo de Lucas Jordán y se hispaniza con Palomino, para no perderse del todo en el tardío XVIII y empalmar así con las obras personalísimas y geniales de Goya. A estos maestros hubo de acudir, saltando por encima del XIX, la experiencia inicial de Ramón Stolz, el verdadero continuador de esta tradición discontinua. Palomino dejó en Valencia alguna de sus obras más importantes y su personalidad influyó, sin duda, en la escuela valenciana, de la que, en punto a pintura al fresco, don Vicente López vino a ser otro notable eslabón en la historia del muralismo español.

"No era ciertamente previsible que un pintor como Ramón Stolz Viciano, cuyo enlace con la escuela de Sorolla justificaban las lecciones de su padre, viniera a ser un gran fresquista. Lo fué. Su obra juvenil, hoy desconocida y dispersa, realizada en gran parte para marchantes de París, le impuso en muchas ocasiones, según el propio Ramón Stolz me confe-

só en nuestras largas, frecuentes y para mí inolvidables conversaciones sobre pintura, la realización de pinturas murales. Existen en Francia y en América residencias y palacios decorados con murales y techos de Stolz al óleo. Creo que estas obras no saldrán nunca del anónimo, porque no acostumbraba a firmarlas, lo que indica que, insatisfecho de sí mismo, sólo las estimaba como tareas en las que su formación se completaba y nada más. Pero en la frecuentación de estas realizaciones, Stolz fué apeteciendo para dar a estos trabajos la calidad a que él aspiraba y que los muros le exigían: la técnica del fresco. Se propuso dominarla y la dominó. No es que la técnica del fresco lleve consigo ninguna dificultad especial para un pintor que lo sea de verdad, ni que para cultivarla hiciera falta restaurar supuestos *secretos perdidos*. En su conversación y en su enseñanza, Ramón Stolz no se cansaba nunca de combatir estas absurdas consejas, extendidas en los talleres por la ignorancia y la pereza. Lo que sucede es que el fresco no admite ligerezas o improvisaciones, no permite torpezas de dibujo y requiere una disciplina, un rigor y una preparación concienzuda de la obra, que en otros tiempos eran imperativos en cualquier procedimiento (óleo o temple...), pero que el apresuramiento, la trivialidad y la crisis de la enseñanza del arte en el XIX habían hecho caer en desuso. El fresco hace necesario un dominio del oficio y una honradez en las etapas de la obra, cuyo olvido lleva inexorablemente al fracaso, declarando la insuficiencia del pintor. Saber, rigor y capacidad de trabajo, nadie como Stolz los poseyó en nuestro tiempo. Por eso pudo llegar a ser un gran fresquista y por eso su obra debe quedar por encima de las capillitas estéticas de los *ismos*, como un caso aparte y ejemplar.

"Como maestro, sin predicaciones extemporáneas ni engolada suficiencia, iba llevando a sus alumnos a la convicción de practicar las virtudes formativas del fresco, porque este procedimiento era para ellos mismos una piedra de toque. Porque requiere un método honrado y seguro y un dominio del dibujo, sin los cuales el propio aprendiz de pintor quedaba convencido de su incompetencia y de la necesidad de completar su formación. Llevaba así a los alumnos a percatarse de dónde residía la

dificultad de pintar, y los hacía tocar el hueso de lo que, para aprender de verdad, la pintura lleva consigo. Lograba por ello muy pronto distinguir a los que querían ser pintores de los majaderos o los incapaces. ¡Y con qué habilidad, con qué humor, con qué eficacia sabía enfrentar a sus alumnos con el *verdadero problema* de la pintura como oficio, en sus clases llenas de ciencia, de amenidad y de exactitud!

"Nada reservaba de lo que él sabía y que estaba a disposición de todo el que deseaba aprender; pero su experiencia y su penetración le hacían separar muy pronto entre sus alumnos a los que podían y a los que querían saber, de los que no podían o no querían llegar a ser pintores.

"Su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando, *Sobre el oficio de pintor y la pintura al fresco*, es una pieza breve y enjundiosa que debía imprimirse como cartilla para que la leyeran y meditaran —los que fueran capaces de ello— todos los que aspiran a ser un día pintores. Yo le contesté a su discurso, tratando de presentar la silueta excepcional de un artista cabal y de un hombre sin par, único para mí, al menos en mi ya no corta experiencia de vida. Y no podía suponer que aquel esbozo de biografía leído el 23 de febrero de 1958 iba a quedar sin posible ampliación ulterior, separado por sólo nueve meses de la muerte del gran pintor y entrañable amigo.

"Valencia, algunas veces desatenta para la gloria de sus mejores hijos, hace bien en rendir homenaje a Stolz; homenaje que el recuerdo de su infausta muerte, abatiéndose sobre él al pie de sus frescos del Ayuntamiento, caldeará con la justa y debida emoción. No es frecuente que en las luchas incruentas de la creación artística el héroe caiga en el campo de batalla. Así le sucedió a Stolz, y ello es algo más que una anécdota. Porque aunque no lo supongan los que no le conocieron a fondo, su vida tuvo algo de heroico. Heroísmo callado y noble; el de quien realizó una obra ingente, sin apenas recoger en vida los frutos de gloria o bienestar que otros más afortunados reciben graciosamente de una suerte favorable y no siempre merecida.

Valencia quedará vinculada a la fama de Stolz; aquí, en su ciudad

RAMÓN STOLZ: Boceto para el fresco del *Incendio de Santander*.

RAMÓN STOLZ: *Cabeza de ángel.* (Fresco portátil.)

natal, dejó diez de sus grandes realizaciones, en fechas que van de 1925 a 1958. En treinta y tres años de copiosa labor, los más importantes de su vida artística, a Valencia dedicó casi una cuarta parte de su obra de pintor. Ello honra a Valencia y la obliga a la vez a rendir culto a su arte y a su memoria. Esta exposición es una prueba de que la tierra natal del pintor no quiere faltar a sus deberes. Y en el homenaje a quien tan celosa e impecablemente cumplió los suyos, este reconocimiento nos debe confortar a todos y muy especialmente a los que fuímos sus devotos amigos."

* * *

Sólo por deseo de dejar constancia en estas páginas de la autenticidad y fervor de los actos que han señalado el aniversario de la muerte de nuestro llorado compañero se han recogido aquí estas notas de crónica y estos textos. Me cabe decir, para terminar, que todos los actos celebrados en su honor han tenido un carácter de cordial espontaneidad y de hondo sentimiento por la desaparición prematura del gran artista y maestro. Sus altos méritos de pintor y sus raras calidades humanas han sido recordados por todos con la cordial efusión y el deseo de hacer justicia a quien en vida no fué estimado en su verdadera valía. La Academia ha querido consignarlo así en estas páginas y con ello me ha proporcionado ocasión de recordar públicamente de nuevo al gran amigo desaparecido.

¡Descanse en paz!